

Ana Buriano Castro, *Panorámica de la prensa en el Ecuador garciano. Construcción y cuestionamiento de una legitimidad política, 1860-1875*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2018, 383 p.

Esta obra refleja una larga y profunda investigación en la prensa ecuatoriana del siglo xix: la evolución de su envergadura, su estructura general y sus quiebres. Consiste de una amplia introducción, tres capítulos de ubicación temporal y temática —dedicados a las etapas y problemáticas del ejercicio de poder de Gabriel García Moreno—, y un extenso capítulo final donde incorpora gráficas referentes a la prensa estudiada, numerosas reflexiones interpretativas, conclusiones generales y pautas a seguir en futuras investigaciones.

En su amplia y sinóptica introducción, Buriano Castro enfatiza la virtual quiebra del Ecuador en 1859

ocasionada por agudos regionalismos y la lucha fronteriza con dos países vecinos, situación que abrió la puerta a la consolidación de la figura de Gabriel García Moreno como el salvador fuerte y providencial del país. Inclinado primero a buscar el apoyo de un protectorado francés, o ampararse en la recreación de la Gran Colombia, el caudillo fundó su proyecto de unificación a través de una profunda alianza con la Iglesia católica cuando tales pretensiones fracasaron. Pero este proyecto abordaba esa alianza en un espíritu creativo de forjar una modernidad ecuatoriana alterna, profundamente contrapuesta a aspectos fundamentales del liberalismo, juzgados rojos y peligrosos, y en diálogo inquisitivo con otros, como la apertura a la ciencia y el cultivo de la prensa.

En su obra histórica previa, la autora exploró la presentación del proyecto garciano en la Sección No Oficial del principal periódico gubernamental, *El*

Nacional.¹ Pese a su nombre, la sección fue efectiva en explicar y defender numerosos aspectos de la política y visión del gobierno. Ahora, explora “la pluralización de los actores” en la perspectiva de la nueva historia política (p. 11). Su interés es dar cuenta de la ampliación de la ciudadanía mediante el seguimiento de diversas publicaciones periodísticas en distintos puntos regionales y tomando en cuenta tanto su apoyo como su oposición a la política gubernamental. Esto permite no sólo captar diferentes perspectivas contrarias o coincidentes,



1 *Navegando en la borrasca. Construir la nación de la fe en el mundo de la impiedad. Ecuador, 1860-1875* (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2008); *El “espíritu nacional” del Ecuador católico: artículos selectos de El Nacional, 1872-1875* (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2011).

sino posturas de un tipo u otro más matizadas, menos fijas y sujetas a variación a través del tiempo. Asimismo, ayuda a captar una multiplicidad de editores y escritores, a veces las mismas personas —pero no siempre—, y algunas de las dinámicas que incidían en el éxito de sus empresas o la alteración de sus lealtades. La autora alude con frecuencia a las represiones contra periodistas en toda esta época, pero el manejo de una amplia gama de periódicos y el sondeo de sus contenidos le permite mostrar múltiples limitaciones a la eficacia de la mano opresiva del garcianismo. Es enriquecedor su énfasis en lo que llama el temor garciano a “la obsolescencia”, así como sus repetidos acomodamientos a las oscilaciones de opinión en la nación. Y también su apertura a captar tanto los planteamientos impresos que contradecían o sustentaban las posturas oficiales, como sus aportaciones literarias y culturales, incluyendo algunas disertaciones doctrinales. Parte de esta oferta periodística era consustancial con la necesidad de multiplicar lectores y suscriptores con temáticas y expresiones atractivas a distintos sectores de la población —salud, agricultura, novelas de folletín, noticias de avances científicos, etcétera—. Aunque los adeptos al proyecto garciano, y también los contrarios, eran unanimistas —dice la autora—, confrontaban la presencia creciente de una opinión pública que

había que seducir o persuadir, dadas sus reticencias ante los esfuerzos editoriales, ampliando así paulatinamente su perfil plural.

Deslinda Buriano Castro desde la introducción tres grandes periodos en que profundizar: el primero con la presidencia de García Moreno de 1861 a 1865, el segundo con un interregno de 1865 a 1868, y el tercero comprende de 1869 a 1875, incluyendo el retorno por golpe de Estado en 1869 hasta la perpetuación más allá de 1873 mediante la reelección. Dedicó amplio espacio a detallar las leyes y lógicas detrás de los esfuerzos durante décadas por controlar la prensa, y pone énfasis en las resistencias locales que protegían frecuentemente a los periodistas locales mediante los jurados de imprenta u otras modalidades que evidenciaban una complicidad que frenaba o desviaba los esfuerzos de represión. Se dejó sorprender con los éxitos frecuentemente obtenidos en los juicios. Si bien en el último periodo garciano, de 1869 a 1875, fueron suprimidos los jurados de imprenta, asevera la autora que “los ambientes locales estaban debilitados pero no habían perdido totalmente su fuerza” (p. 41). Acicateados por instancias electorales provinciales o nacionales, así como por temáticas de provincia y nación, los periódicos demostraron variedad, persistencia y tenacidad —ilustrativas de una conso-

lidación regional que introducía fuertes tonalidades a los brochazos centralizadores del nacionalismo católico garciano—. La labor de Buriano Castro destaca los casos de Guayaquil y Cuenca frente al impulso procedente del Quito garciano.

El primer capítulo, dedicado a la prensa durante el primer gobierno de García Moreno, de 1861 a 1865, distingue varios aspectos singulares del periodo. La virtual desarticulación del Ecuador en 1859 bajo presiones financieras europeas y pretensiones territoriales de vecinos es desde luego el punto de partida indispensable. Pero de no menor importancia era que el regionalismo acentuado gozaba de un asidero formidable en la modalidad constitucional de la unión ecuatoriana, como un pacto entre regiones. Regiones tan disímiles como Quito, Guayaquil y Cuenca recibían igual representación parlamentaria, pese a su enorme diferencia demográfica. Al convocar a una Asamblea Nacional el 23 de octubre de



1860, el gobierno provisorio garciano pretendía variar esta dinámica y convertir a todos los diputados en representantes de la nación, responsables por el bien del país entero. Logró un impulso inicial de colaboración e inclusión de diversas tendencias de opinión en este esfuerzo, pero la constitución resultante de 1861 fue demasiado liberal para el gusto de García Moreno y lo inclinó a renunciar repetidamente. Recibió, en su

primer periodo como presidente electo, permiso para nombrar a los gobernadores de provincia, pero la pluralidad de tendencias políticas y regionales afloró aquí también, resultando a menudo en gobernadores de arraigo local. El periodismo, desde luego, reflejaba esta disparidad de pareceres en sus diversas formas: una mirada era hacia atrás, al régimen urbanista de tendencia liberal; otra, en Cuenca, era curialista, y entre las prensas regionales la que más prestaba apoyo al régimen emergente era la guayaquileña. Desde luego, la de Quito, la capital, era gobiernista. Si la prensa fue menos problemática en este primer gobierno era por las medidas para disciplinarla y castigar a los periodistas que provocaran mayores discrepancias, así como cierto esfuerzo de lograr una política de reconciliación. Tras un par de años algo tormentosos, 1862 dio lugar a mayor diálogo periodístico con las posturas gubernamentales.

Curiosamente, en abril de 1863, cuando fue ratificado el concordato con la Santa Sede que pretendía establecer con solidez el régimen garciano, hubo mayor disidencia —dentro y fuera— del clero ecuatoriano. Tan fuerte resultó, que para 1866 hubo que acordar una nueva versión del mismo. Según la autora, los años 1863-1864 fueron decisivos para impulsar una prensa más combativa que recogiera y desarrollara las insatisfacciones que iban

germinando en grupos y regiones. Fue particularmente fuerte en Cuenca, y al acercarse las elecciones fue capaz de dirigirse a los sectores artesanales. La multiplicación de periódicos y la creciente oferta de ideas, en medio de retos internos y externos, contribuyeron a debilitar “una administración que se había erigido sobre bases progresistas, pero que se desviaba en guerras con los vecinos y en represiones en el interior”, afirma Buriano Castro (p. 92). Ante la batalla verbal, *El Correo del Ecuador*, en Quito, llevaba las posturas oficialistas. Encaraba ahora no sólo clara oposición, sino lo que Buriano Castro llama “apoyo crítico” a las políticas de García Moreno, como en el periódico cuencano *El Centinela* (p. 95). Y por otro lado, las cuestiones políticas e internacionales contenciosas de hecho llevaron a enfrentamientos entre los periodistas de Cuenca, dando lugar al surgimiento en julio de 1864 del periódico *La Prensa*, con una línea editorial más claramente opositora. Incluso antes, en marzo de ese año, había surgido *El Popular*, que expresaba otras opiniones, utilizando un “lenguaje sencillo y coloquial” para alcanzar a los sectores artesanales. Revelaba la creciente tendencia de la prensa de Cuenca a multiplicarse y diferenciarse (p. 105). Al aproximarse las elecciones de mayo de 1865, los reproches a las políticas y conductas de García Moreno proliferaron, surgieron

algunos periódicos de corta duración, y acabaron perseguidos los editores de *El Centinela* en Cuenca, periódico que finalmente desapareció ese mismo mes. El 7 de agosto, Jerónimo Carrión accedió a la presidencia.

En el segundo capítulo, la autora estudia los 40 meses durante los cuales García Moreno estaría fuera del gobierno. Hubo apertura política, ascenso de buen número de liberales, el arribo de bancos a Guayaquil, y una realineación en la política exterior que posicionó a Ecuador en contra de las pretensiones españolas en los países andinos. Carrión fue incapaz de satisfacer la expectativa de liberales y garcianos, y renunció en noviembre de 1867. Javier Espinoza, apoyado por García Moreno, quedó electo, pero continuó la política de apertura y pretensiones de consenso. Las críticas al garcianismo obligaron a los adeptos de García Moreno a adoptar posturas de mayor negociación, una “estrategia fusionista” la llama la autora, que les permitiera ser más flexibles e incluso plantearse como liberales conservadores (pp. 125 y 135). Pero el arrojamiento de los contrarios y sus críticas acabaron mermando esa pretensión. Al decir de Buriano Castro, los actores políticos ecuatorianos y sus publicaciones periódicas se multiplicaban rumbo a las elecciones de 1869, pero superando un talante meramente electorero al dar amplia consideración

a programas de gobierno y sus méritos. Junto con nuevos periódicos, surgieron muchos folletos. Pero después, los mejores momentos de la apertura, en que la crítica afloró incluso entre garcianos, empezaron a decaer a partir de junio de 1867. Señala Buriano Castro, no obstante, que fue justo en este periodo que el gobierno permitió la introducción al país de periódicos extranjeros, que estarían exentos de pagar porte para promover su circulación. Ahí apunta a un posible estudio futuro de su contenido y circulación.

Al abordar el acercamiento de las elecciones de 1869, Buriano Castro asienta que indudablemente “la vida política se había reactivado y alcanzaba altos niveles durante el Interregno” (p. 159), asegurando que las confrontaciones electorales serían severas y bien reflejadas en la prensa. Antiguos colaboradores del garcianismo en Cuenca ahora se manifestarían opositores a través de su periódico *El Constitucional*. Los editores defendían las garantías ciudadanas y reprochaban incluso la politización de la religión en la propuesta garciana. En Quito, Juan Montalvo entró a la lid con su periódico *Cosmopolita*. La oposición al retorno de García Moreno a la presidencia fue tan fuerte, que mejor los garcianos optaron el 16 de enero de 1869 por el golpe de Estado. Pero la autora no deja atrás el interregno sin señalar los esfuerzos por

crear periódicos menos políticos, más culturales, y orientados a públicos como la juventud y los interesados en temas literarios. Quizás el mundo ecuatoriano tendía ya a rebasar un encapsulamiento político-cultural único.

El tercer capítulo trata el largo periodo de 1869 a 1875. Ya carentes de alianzas políticas amplias o legitimidad consensada, los garcianos estuvieron dedicados a promover una nueva constitución centralista, autoritaria y católica que dejara atrás la carta pactada en 1861. La autora argumenta que el clima represivo fue incapaz de finiquitar la apertura y maduración del periodismo logrados en el interregno. Ciertamente, afirma, hubo “menos títulos, pero periódicos más robustos en las distintas regiones” (p. 169). *La Estrella de Mayo* en Quito, así como *La Patria* en Guayaquil defendieron las posturas gubernamentales. Pero entre 1871 y 1872 Cuenca y Guayaquil fueron sede de una nueva prensa crítica. Y especialmente desde finales de 1873, en pleno periodo de preparación para las elecciones de 1875. Guayaquil había acumulado nuevo poder económico, y García Moreno procedió con tiento allí. Por otra parte, es llamativa la referencia a la prensa laica católica y la prensa católica oficial que no necesariamente cuadraban con el gobierno de García Moreno. El presidente acabó promo-

viendo un periodismo más claramente político para defenderse. La oposición, sujeta a medidas represivas, lamentó el monopolio gubernamental de la política, pero periódicos como *La Prensa* de Guayaquil, desde 1872, fueron promotores de temáticas literarias y científicas, así como de educación, salud pública y económicas. Y hasta mediados de 1874 *La Prensa* sostuvo la defensa, en ocasiones, de un liberalismo compatible con el catolicismo y el orden. Desarrolló una sección de folletines con autores nacionales y extranjeros. Más tímido fue *El Porvenir* de Cuenca entre 1871 y 1873, si bien procuró reconciliar la fe con la modernidad. Pero la autora sugiere que la debilidad de la prensa garciana quedaba evidenciada en la escasa presencia de publicaciones afines al gobierno nacional fuera de la capital, por ejemplo en Guayaquil o Cuenca. La hegemonía gubernamental en la prensa estuvo prácticamente circunscrita a Quito.

La Verdad de Quito, bajo auspicios gubernamentales, denostaba los descabros del mundo bajo el liberalismo secularizante, citando los casos de Colombia y México, asegurando que el catolicismo estaba hermanado naturalmente con el republicanismo y nacionalismo. *La Voz del Clero*, sin embargo, otro periódico católico pero apegado a la Santa Sede, promovía

intereses más estrechamente clericales y doctrinales, y manifestaba incluso cierta distancia frente a importantes proyectos garcianos como la Escuela Politécnica. Afortunadamente para el gobierno, *La Prensa* en Guayaquil se volcó finalmente hacia una postura más favorable al gobierno, si bien un novel periódico guayaquileño, *La Nueva Era*, iría afirmándose en un sentido antagónico. Acabaría por minar la propaganda ministerial a favor de la reelección, que priorizaba todo lo logrado en desarrollo material y educativo, señalando de manera confrontacional que ningún pueblo alcanzaba la felicidad sin democracia. *La Nueva Era* fue la voz de la principal oposición a la reelección de García Moreno, tachando incluso de envilecidos y serviles a *La Prensa* de Guayaquil y *La Verdad* de Quito. *La Nueva Era* también disputó la asociación entre catolicismo y garcianismo, tildando de paganismo semejante obligada unión para salvar el cristianismo. La ira del gobierno frente a esta oposición condujo a sus editores a la cárcel, pero, seguramente con complicidad local guayaquileña, siguieron publicando desde allí. Interesantemente, en este caso como en otros que comenta la autora a lo largo de su estudio, las cortes y los jueces esquivaron los deseos del gobierno de la república en la represión de estos autores. Al respecto, Buriano Castro comenta:

El caso de *La Nueva Era* y sus redactores es expresión de la real situación que vivía el garcianismo en los momentos finales de su campaña reeleccionista en las regiones. Las cosas estaban cambiando en el mundo y aparentemente Ecuador no podía quedar demasiado al margen de estas mutaciones. En el clima periodístico de la época no cabía duda que el tono insolente y la actitud desenfadada de estos periodistas era como una especie de bocanada de aire fresco. (p. 222)

Fue en este ambiente que en abril de 1874 nació el periódico *El Porvenir Nacional*, con la intención de mantener un tiraje ambicioso de 3 000 por número a precios cómodos. Promoviendo temas de artes mecánicas, variedades, hechos locales y economía, el periódico parecía más bien orientado a sumar lectores ofreciéndoles secciones diversas, atenuando la política, pero para septiembre había desaparecido. Así, para finales de 1874, el garcianismo parecía tener el camino abierto para la reelección y reforzaba su postura con nuevos periódicos gobiernistas como *El Bien Público* en Guayaquil para extender el apoyo regional. No obstante, quizá los adeptos del presidente eran poco optimistas respecto a las posibilidades de un apoyo auténtico en las regiones, porque, la autora afirma: “[f]uera de Quito, y ante la nula competitividad, no parecería que el garcianismo haya aplicado demasia-

dos esfuerzos por crear nuevos medios de prensa estrictamente políticos” (p. 226). Buriano Castro también señala una vez más aquí que *La Voz del Clero* manejaba temas religiosos, o los callaba, según intereses algo discordantes con el régimen, sugiriendo que la armonía entre clero y gobierno quedaba de nuevo en duda. Curiosamente, *La Verdad*, periódico laico católico subsidiado por el gobierno, desaparecía en 1874, mientras nacía en diciembre de ese año *El Ecuador*. Este periódico, claramente dedicado a la reelección del mandatario, tocaba otros temas, algunos escandalosos, como los conflictos suscitados entre las diversas órdenes religiosas por disgustos en torno a las políticas misioneras y de reformas religiosas.

El Ecuador dirigió una campaña reeleccionista que pretendía abatir comentarios críticos del país en el extranjero, elogiaba los favorables, y atacaba lo publicado por ecuatorianos exiliados contra el régimen, otra fuente de preocupación. Pese a que tenía el campo periodístico nacional controlado, la reelección aprobada en la Constitución de 1869 iba en contra de buena parte de la opinión pública. El remedio, en medio del furor de la prensa política, era que *El Ecuador* promoviera la candidatura providencialista de García Moreno contra un liberalismo vuelto comunista, aval asimismo de la paz en medio de fuertes amenazas financieras al país.

Pero también retomó temas como la relación entre catolicismo, democracia, progreso y ciencia, que eran el asidero del garcianismo para mantener su actualidad ante las críticas de pertenecer a otra época. *El Ecuador* anunciaba el 4 de mayo la reelección del presidente por voto popular directo. Pero el 6 de agosto el magnicidio del presidente le impidió reasumir oficialmente el cargo.

El cuarto y último capítulo de esta obra redondea la argumentación, señala áreas que requieren mayor investigación, ubica el sentido de lo planteado en diálogo con otros autores, así como precisa mediante gráficas los periódicos consultados, sus imprentas y otros datos relevantes. De los casi 70 periódicos consultados, muchos fueron de poca duración, y algunos por contraste lograron larga vida. Este estudio, aclara la autora, procuraba esbozar “líneas de intencionalidad política, corrientes de opinión, expectativas de futuro y otros sentimientos que la prensa expresó o sobre las que quiso actuar” (p. 251). Buriano Castro recuerda en este capítulo el bajo tiraje de los periódicos, habitualmente menor a 500. Y también la disparidad en cuanto a apoyos, porque mientras unos gozaban del respaldo gubernamental, otros solían carecer de él o incluso ser objetos de persecución. El público lector nacional había que crearlo todavía. Y los periodistas tampoco eran tantos. Afirma: “[l]a prensa

oficial y la privada de orientación conservadora compartían las autorías intelectuales y, en muchas ocasiones, artículos completos. También lo hacían los periódicos opositores” (p. 254). A lo largo de su estudio, refirió al uso de inserciones periodísticas, que quizás ampliaban la oferta de ideas, pero sobre todo esquivaban al censor. Buriano Castro destaca que finalmente no toda la prensa ecuatoriana era claramente partidista. *Los Andes* de Guayaquil solía eludir compromisos políticos y dedicarse a noticias económicas, en particular. También la “prensa literaria católica” podía abrirse a una pluralidad de plumas y opiniones (p. 255). Por otra parte, mientras la sección “No Oficial” de *El Nacional* destilaba lo esencial de la legitimación discursiva del régimen, los periódicos gobiernistas del sector que llama “privado” estaban inmersos en realidades regionales y cotidianas más densas y exigentes de atención.

Estos periódicos, de base regional, no se conformaban con distribuirse allí, sino habitualmente mediante agentes lograban trascender a escala nacional, con éxito variado. Tales agentes, comúnmente entre negocios múltiples, fueron volviéndose propaladores de la cultura a escala nacional. A veces las redes católicas cumplieron una función paralela, como también algunos militares, políticos, burócratas y literatos aprovecharon sus nexos. Una

gráfica en este capítulo ilustra lo que la autora logró captar al respecto de este fascinante tema que traslada a otras dimensiones más allá de las ideológicas o meramente informativas la distribución de los productos de la prensa. Incluso algunos periódicos lograron presencia en el mundo exterior, que seguramente es otra temática digna de mayor investigación y contextualización en el espíritu inquieto de esta autora. Buriano Castro pone énfasis en la motivación y perseverancia, e indudablemente a menudo la ética, de autores, redactores, impresores y demás colaboradores de este esfuerzo periodismo en los comienzos de la formación de un público lector en la nación. Igualmente defiende que, aunque a escala menor respecto a otros países del continente, Ecuador experimentó el surgimiento de numerosos grupos ciudadanos que “formaban espacios públicos de sociabilidad” que promovían a su vez la circulación de periódicos, ideas y valores (p. 319).

Llama la atención la autora a la necesidad de mayor comprensión de las imprentas, su vida a través de las generaciones, su entrecortada superación de tipos, formatos e impresiones, estudiando las imprentas menores y no sólo las más exitosas o de larga duración. También señala la necesidad de comprender mejor la evolución de los estilos literarios que influyeron las redacciones, como el romanticismo,

realismo, intimismo, naturalismo, costumbrismo y su incidencia en la conformación de sentimientos nacionalistas. Invoca como indispensable un estudio particular de los folletines incluidos en los periódicos y que apelaban en especial a la mujer. De ahí, pregunta la autora, ¿cuál era el papel de la mujer en y con relación a este mundo de la prensa a que este estudio se ha dedicado? Otro pendiente, respecto al cual ofrece unas pautas de orientación.

Recuerda en este capítulo que el garcianismo, incluso después de numerosos desgastes, pudo desarrollar con fuerza su visión de una modernidad alterna a partir de 1868, en medio del furor electoral. Y en ese contexto comenta que las elecciones ecuatorianas del periodo fueron un factor indudablemente clave en la ampliación de la ciudadanía y el círculo de lectores. Afirma que, al comienzo del retorno de García Moreno a la presidencia, la prensa oficial comenzaba a reconocer que:

[...] existía un espacio público con arraigo, donde se debatían proyectos políticos y donde el asociacionismo tenía presencia en medios urbanos que habían alcanzado cierta complejidad, en un Ecuador que había sufrido cambios significativos que lo distanciaban de la década y media anterior. (p. 329)

La autora nos reta a pensar si era viable la reconciliación de un régimen de esta naturaleza con el Ecuador más plural que asomaba, o si la división entre liberales secularizantes, propagadores de una modernidad cristiana alterna, o católicos que cuestionaban unos y otros y la confluencia de religión y política era un desafío insuperable para incluso los más duchos y veteranos adeptos del garcianismo. Fue frustráneo finalmente el esfuerzo de los garcianos por abatir las culturas regionales, los grupos sectoriales e incluso la afinidad de muchos católicos con nexos más allá de sus fronteras.

La autora sugiere que la prensa contribuyó a hundir la pretensión de un unanimismo que fusionara a todos en uno, de modo que la pluralidad llegó como el producto indeseado de todo el periodo. Múltiples coyunturas durante el periodo estudiado, internacionales y de reorganización sociodemográfica y económica interna, contribuyeron a atizar respuestas diferenciadas a los retos del país. Pero por contraste con este hallazgo, Ana Buriano Castro termina su obra con la pregunta medular de si en algunos aspectos resultaron definitivos los cambios, los símbolos y la terminología del régimen garciano. ¿Cuál fue finalmente su proyección, pese a todo, en los años siguientes en que fuera desplazado por otras élites políticas de afiliación más liberal? ¿Hubo rasgos perdurables?

En suma, la autora nos deja una obra pionera en su gran visión y amplísima envergadura regional, temática y nacional. Argumenta a favor del carácter

político, sí, pero también multidimensional y trascendente frente a cualquier coyuntura política, de la prensa en la vida del Ecuador en el siglo XIX.

BRIAN CONNAUGHTON

ORCID.ORG/0000-0002-4210-9640

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

tani01us@yahoo.com

D.R. © Brian Connaughton, Ciudad de México, enero-junio, 2022.